

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 7980

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

**LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Sábado 23 de Junio de 1888

## SUBASTA.

En cumplimiento de disposición testamentaria del Sr. D. Enrique Hidalgo de Cisneros, se venden en pública subasta las fincas que á continuación se expresan:

Casa núm. 10 de la plaza de la Merced, tasada en 75.000 pesetas.

Casa en la calle de la Placeta, frente á la antigua Ermita (Santa Lucía,) en 3.750 pesetas.

La subasta tendrá lugar á las doce de la mañana del día 28 del mes corriente, en la Notaría de D. Facundo Tarín, en la que estarán de manifiesto los títulos de propiedad de las fincas.

Para tomar parte en la licitación, será condición indispensable el depositar en dicha Notaría el dos por ciento del valor de las fincas según tasación, no admitiéndose posturas que no cubra aquella, y siendo de cuenta del comprador todos los gastos que origine la compra y subasta.

## ECOS DE MADRID.

Junio 22 1888.

En el pacífico Ateneo ha habido una campaña. Parece ser que todos los hombres políticos necesitan pasar por la presidencia de aquella en otro tiempo ilustre corporación que hoy por desdicha no es ni su sombra. Varios amigos del Sr. Martos presentaron una candidatura. Los del señor Azcarate colocaron enfrente la de este ilustre filósofo. De aquí la lucha! Pero que pobre lucha! Apenas han llegado á 500 los socios que han esgrimido el voto en una Sociedad donde pasan de mil los anotados en sus listas.

El Ateneo no es ya aquel palenque donde combatían la elocuencia y el saber, el plantel de los oradores que más tarde ilustraron la tribuna parlamentaria. Hoy es más fácil que en aquellos tiempos llegar á los escaños del Congreso y los que se sienten con fuerzas, no ensayan, sino que desde luego toman parte en la función.

Queda pues reducida la misión del Ateneo en la actualidad, á ofrecer á sus socios los periódicos, las revistas, los libros nuevos, á proporcionarles los medios de seguir el movimiento científico y literario moderno; pero bajo este punto de vista deja mucho que desear, y no sería extraño, aunque sí muy sensible, que fueran retirándose los socios.

Cada época tiene sus exigencias, sus necesidades.

El general Cassola decía muy bien el otro día, aludiendo al santo y seña que ha producido el último conflicto político, que ya no tiene razón de ser esta práctica militar, que ha venido á constituir un juego entre los muchachos.

¡Cuidado que debe necesitarse imaginación para inventar todos los días una seña y un santo! Esta ocupación debería haberse confiado á algún poeta de los que andan detrás de un destornillo en Estancadas ó en obras públicas, para poder presentarse á las masas conidos y vestidos. Ellos, todo imaginación, habrían podido desempeñar á las mil maravillas el encargo de proveer á las capitánías generales de santos y de seña,

aunque en honor de la verdad no me parece muy piadoso eso de hacer andar á los pacíficos y sufridos santos en asuntos de guerra.

Pero la costumbre tiene más fuerza que la Ley, y creo que más fácilmente se acostumbrarán los socios del Ateneo á desconocer las nuevas publicaciones que los generales con mando á no idear cada día en cuanto abren los ojos un santo y una seña.

Los grandes apuros que pasan los estudiantes estos días al examinarse de las materias que no han estudiado, dan cierto aspecto de crueldad, á las noticias que algunos periodistas publican, relacionadas con los propósitos de los ministros.

«El ministro de tal se propone estudiar con la mayor atención las necesidades de su departamento... etc., etc.

—De modo—se dicen los estudiantes, que para ser abogado, ó médico, ó ingeniero, es preciso estudiar antes, mientras que para ser ministro basta estudiar después.

Esto explica el deseo que tienen de ser ministros todos los españoles.

Y también explica que la mayor parte de ellos se mueren de hambre y de verse pobres y desconocidos ó no apreciados en el valor en que se han tasado, acudan al suicidio.

En las últimas semanas la cifra de los desesperados ha tomado alarmantes proporciones.

¡Como si no anduviera demasiado lista la muerte!

¿Quién habría dicho al ver hace tres días al Presidente de la Audiencia de Madrid, al Sr. D. Isidro Autran, antiguo periodista, ilustrado escritor, magistrado probo y en toda la plenitud de la vida, pues apenas contaba cincuenta años; quién al verle tan robusto, tan bueno, tan activo, tan inteligente, podría sospechar que á las cuarenta y ocho horas sucumbiría víctima de una pulmonía fulminante?

Tenía muchos amigos y admiradores en la magistratura, en las letras y en la política. Se hacía querer de todos por su carácter. Había creado una familia de esas que inspiran simpatía y veneración. Su porvenir era brillantísimo, había llegado al primer puesto de la magistratura y en un momento todo ha concluído!

El tiempo que está haciendo, causa muchas enfermedades... Por las mañanas y por las noches frío, en el centro del día calor. Si usa uno ropa de verano, nada más fácil que coger un catarro ó una pulmonía, si se abriga año el peligro es idéntico.

Como el calor no se ha declarado todavía más que en la esfera política, todavía se habla poco de viajes de verano; pero en cuanto Julio nos comunique sus ardores comenzará la dispersión.

Muchos proyectan pasar la última parte del verano en Barcelona.

Los prestamistas que conocen el flaco de los madrileños, no se desoidan. Los anuncios se multiplican. Préstamos sobre mobiliario, sobre carruajes, sobre libros, hasta sobre esperanzas de herencias.

Estos anuncios particulares se convierten más tarde en anuncios judiciales

Todo es cuestión de tantos y de tontos por ciento.

JULIO NOMBELA.

## Variedades.

### EL ABANICO.

ARTÍCULO DE VERANO.

Difícil es determinar la época en que se inventó el abanico, ese pedazo de papel ó de tela pegada á unas barillas de madera, marfil ó otra materia más ó menos rica, que manejada por la dura mano del hombre solo produce aire, y en las delicadas de la mujer conviértese en peligroso instrumento tan bello, espiritual y agradable como ridículo y pesado en las del sexo fuerte. Créese, sin embargo, que nuestros padres después de su expulsión del Paraíso, y los pueblos primitivos más tarde, debieron emplear las hojas de algunos vegetales, para producir, puestas en movimiento, corrientes de aire con que refrescar su abrasada epidermis en los periodos caniculares.

La fabricación más ó menos vasta de los tejidos debió ser un gran paso dado por la industria primitiva para el perfeccionamiento de este objeto verdaderamente aéreo.

De las investigaciones hasta hora practicadas resulta que en el siglo XII ya se conocían en Francia los abanicos, y que en 1316 la condesa de Artois poseía uno con el mango de plata maciza. Y debe ser así, pues en los retratos y miniaturas de los siglos XIII y XIV, representase á las damas teniendo en la mano grandes abanicos muy semejantes á los que se usan en Argel y Túnez. Así mismo consta entre los objetos anotados en el inventario del rey Carlos V de Francia «un abanico redondo con el mango marfil,» y en la lista de su real servidumbre figuran dos abanicadoras para recrear á Su Majestad durante las comidas.

La forma de los primeros abanicos debió ser redonda y carecer de la elegancia y comodidad que proporciona su plegado. Por eso Rabeais, en una de sus obras, se refiere á los «abanicos redondos, de pluma, papel y tela.» Supóngese que los cerrados ó plegados, tal cual hoy los conocemos, tienen su origen en el Japón, de donde los importaron los portugueses en el siglo XVI, extendiéndose su uso desde que la famosa Catalina de Médicis lo adoptó en las grandes recepciones y actos palaciegos, alternando el abanico plegado con el circular de plumas y el que se asemeja, á una bandera, que es el que todavía se usa por algunos velustos menestrales de Cataluña, como obligado adorno en las procesiones del Corpus Christi.

Desconocemos la época en que se introdujo su uso en España, aunque suponemos que dada la maestría y gracia con que lo manejan nuestras compatriotas, especialmente las de las provincias meridionales, debió ser la primera y en adoptarlo.

Para probar nuestro aserto, basta fijarse en la circunstancia de que el abanico más precioso y rico, de artístico y trabajado varillaje, en manos de una inglesa, por ejemplo, es un objeto frío, sin comprensión, impropio, vulgar hasta ridículo.

Sus movimientos son pesados, sin gracia, rígidos y mudos. En cambio, manejado por una española, cobra expresión, adquiere fuerza, vigor y vida, imprime tonos y forma el complemento de ese conjunto de gracia, sencillez, malicia, travessera y sentimiento que expresan á los ojos negros velados por sedosas pestañas, de los que brotan el fue-

go de la pasión ó el desdén más completo. De objeto inútil conviértese en aditamento de gracia y arma de encantadora coquetería, peligrosa siempre para el hombre enamorado que deja su corazón prisionero entre sus dobleces.

Existen abanicos para teatro, calle, paseo, visitas, tertulias, de verano ó invierno, para la ciudad y para el campo. Los hay chillones y severos, tristes y alegres, castos y complacientes, risibles y serios, incitantes y virtuosos, así como de distintas clases y materias: de oro, nácar, marfil, ébano y sándalo, vestidos de papel chino, tafetán ó raso, y adornos con perlas, diamantes y preciosas miniaturas. Sobre la tela han corrido los pineales Rubens, Boucheri, Wateay y otros renombrados pintores, representando sumas importantes la colección de los que poseen algunas de nuestras elegantes.

En el siglo pasado fué tanto lo que se extremó su lujo y riqueza, que según un cálculo que se hizo en el año 1745, por un distinguido estadista, existían abanicos en París cuyo valor ascendía á ocho millones de francos.

Debernos convenir, sin embargo, que aunque su uso se ha generalizado extraordinariamente en estos tiempos, no ha llegado á alcanzar todavía la importancia de que goza en China y en el Japón, países en donde es tan indispensable, que puede decirse sin pecar de exagerados, que forman parte integrante del individuo, sea cual fuere la clase y sexo á que pertenezca.

Con él guarécese la mujer china de los rayos del sol, y sirve él á guisa de bandeja, coloca la japonesa los dulces con que obsequia á sus amigos. El mendigo lo abre y extiende para recibir la limosna, y el elegante lo maneja cual si fuera un ligero junquillo. En las manos del arbitrario domine conviértese en peligrosa fátiga, y en el libro de rezo para el brujo que, conservándolo abierto, lee en él las plegarias escritas en verso y extravagantes caracteres.

En la vieja Europa, fúense distintas y diversas aplicaciones del abanico. Existen abanicos anuncios de determinadas industrias, y abanicos guías en los que se halla impreso un mapa y todas cuantas noticias puedan ilustrar al viajero para recorrer el país que desea visitar, sin el dispendioso conocimiento del itinerario.

Muchas mujeres deben la fama de que gozan á la gracia con que manejan ese precioso instrumento de coquetería y varios le son deudores de su fortuna y encumbramiento, no faltando en nuestra patria quien debe á un paisaje chino y á unas cuantas varillas hábilmente trazadas, el título con que ennoblece su apellido.

Con el abanico ha llegado á establecerse un sistema de signos convencionales, tan exactos, como los que se indicaban en las torres ópticas, en la infancia de la telegrafía; existiendo también un lenguaje especial, que nada tiene que envidiar al que expresan las flores en sus atrevidas combinaciones.

Si imprime el para la mujer en general, sabe manejar el abanico, mucho más trascendental es para la actriz.

En manos de ésta puede ser ó dejar de ser. Lo mismo puede significar, para el espectador, un puñal que el cetro de una reina. Con él se eleva ó vulgariza la artista. Movido inteligentemente de fuerza á sus palabras, pide protección, hace concebir una esperanza, acaricia ó rechaza, amenaza ó perdone, anima, se indigna. Hora, rie, sirve de defensa ó de instrumento de castigo, y por último, encubre y defiende.

¡Cuántas veces la tela de un abanico abierto oportunamente, oculta el rubor de la vergüenza!